

Vincelette, Mélanie

¿Quién mató a Magallanes? y otros cuentos. - 1a ed. - Buenos Aires: Dedalus, 2014.
82 p. ; 20x13cm.

Traducido por: Humberto Pérez Mortera y otros
ISBN 978-987-28200-4-6

1. Literatura Canadiense. I. Pérez Mortera, Humberto, trad. II. Título
CDD C823

Nous remercions le Conseil des Arts du Canada de son soutien.

Agradecemos al Conseil des Arts du Canada por su apoyo.

Título original: *Qui a tué Magellan? et autres nouvelles*

© 2004, Éditions Lèmeac.

© de la traducción: Humberto Pérez Mortera y otros

1ª edición: febrero de 2014

© Reservados todos los derechos de esta edición para la lengua española

© Dedalus Editores

Felipe Vallese 855, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Ilustración de cubierta: Inés Isaurralde

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-28200-4-6

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

¿Quién mató a Magallanes?

y otros cuentos

MÉLANIE VINCELETTE

Traducciones

COTO ADÁNEZ DEL HOYO

NOÉ ÁGREDA

PAOLA BELTRÁN

GUADALUPE COUTO

ALBA MARINA ESCALÓN

CAROLINA GALLI

DIEGO GUZMÁN

ERNESTO NAISHTAT

LUCRECIA ORENSANZ

HUMBERTO PÉREZ MORTERA

VANESSA SILVERA

Yael Weiss

 **Dedalus** Editores

Chinook

Un día de primavera adelantada, Simón me contó que en 1648, en plena conquista del cacao, el obispo de Chiapas, quien había tenido muchas relaciones ilegítimas, había muerto envenenado a manos de una de sus concubinas. Ésta había vertido en su taza de chocolate caliente un líquido casi inodoro pero muy amargo. En la confusión de sus últimas y aturcidas palabras, el obispo le había sugerido a su amante, con una voz grave y débil al mismo tiempo, que aumentara la dosis de azúcar para atenuar el sabor agrio del veneno. Se lo decía para su próxima víctima.

Esta noche, por primera vez desde hace mucho tiempo, la puerta del bistró está abierta y el chinook viene a barrer los recuerdos que el invierno tenía secuestrados en cada rincón de la pieza. Hago el inventario de las botellas de agua mineral con un lápiz en la oreja. El patrón está sentado en el borde de la barra con el teléfono en la mano y me chasquea los dedos para que le sirva un Fine Napoléon. Parece enojado. Nunca sé con quién habla. Cuando habla con su madre, le dice linda. Cuando habla con su amante, le dice linda. Linda, tú sabes lo que quie-

ro decir... Y a veces, cuando habla con su esposa sobre su divorcio, también dice linda, pero de otra manera, emplea otro tono, una voz áspera y llena de odio, y en ese momento, mientras sirvo el líquido ambarino en su vaso de agua, me dan ganas de agregarle una gota de cianuro.

El patrón nació en Salon-de-Provence. Le gusta hacer las compras en la pescadería judía donde venden todas cosas raras. Cada vez que me lleva para que lo ayude a cargar las bolsas, me tengo que apretar la nariz o aguantar la respiración para no parecer grosera. Esta mañana, un salmón del Pacífico me hace palidecer. Inquieta, observo las alas recogidas de los peces voladores, las espinas rosadas de los erizos de mar y el costado destripado de un pez espada que reina en el centro sobre una pila de hielo. El pescadero, con una gorra blanca, trocea las rayas con la habilidad de un pescador de sardinas mientras el patrón desliza su mano grande y velluda sobre mi cuello. El patrón sólo se atreve a tocarme en público cuando estamos con el pescadero. En el bistró, sólo lo hace entre las puertas batientes, en el gran refrigerador donde cuelgan las reses, o a la hora de cerrar, cuando el rumor de los clientes se ha disipado. Se lo permito, porque hay que ganarse la vida y me gusta mi trabajo.

Al dueño le encanta hablar del pasado. Camino al bistró, con las manos cargadas de bolsas llenas de animales acuáticos, el patrón describe la casa de su infancia a orillas de la carretera nacional. Casi enfrente se encuentra

el panteón donde fue enterrado Nostradamus. Su hermana era la reina de belleza local. Su cuñada ahora es la florista del panteón. Su hermano es dueño del chiquero más grande de Francia. Su padrino y su madrina, ambos carniceros, lo llevaban una vez al mes a la Foire du Trône y le daban una copita de Saint-Raphaël bajo la barra, donde pasaba noches enteras mirando bajo las faldas. Su tía Lucienne, la hermana del carbonero, nunca tenía más de dos centavos encima pero siempre le compraba un Carambar cuando iba a visitarlo. Los vecinos del lado izquierdo se llamaban Grosvalet, a la derecha estaban los Lechat, abajo los Guérin: el padre era comandante de abordaje y tenía dos hijas rubias codiciadas por todo el vecindario. El dueño del edificio creía, al igual que su esposa, en la astrología china. En verano, sus padres lo llevaban en autobús a la costa de Normandía. Pescaban peces con nombres compuestos y se acostaban sobre las piedras lisas. Esa es su vida en pocas palabras, después de tres Fine Napoléon.

Hoy finge extrañar sus raíces y prepara el cubierto en honor a ellas. Con un gis, escribo el menú del día sobre el pizarrón. Cassoulet de Toulouse, parrillada de pescados a la camarguesa, puerco espín y filete de ternera con chalotes. El puerco espín es para los turistas.

Y yo pienso en Simón que siempre tarda en llegar. Simón que se sienta en mi bar todos los viernes por la noche, pero nunca dice "Nos vemos el próximo viernes"

cuando nos separamos. Sin embargo, los viernes ahí está, sin falta. Y creo que sólo viene por mí. Me cuesta trabajo creer que es un fanático del cassoulet. Pero ni siquiera estoy totalmente segura de eso. A veces me dan ganas de hablar de este espacio confuso que nos separa. De este deseo que crece a grandes pasos. A veces me dan ganas de escuchar algunas cosas sobre su esposa y que me cuente sus peleas nocturnas, las noches de descontento. Pero sólo habla de su hijo, al cual adora. De sus noches en el club de degustación de vinos caros, de su perro que pone su hocico al borde de su cama cuando ve las noticias. Su perro que pone su hocico lleno de saliva sobre su edredón de plumas de ganso y que lo observa fijamente con mirada lastimera. Esa mirada que siempre intento no tener. Juego a parecer poco interesada. Cuando Simón está en el bar, coqueteo con los otros. Meneo la cubitera. Corto tan rápido los limones que me rebano el dedo anular y me chupo la sangre para que no gotee sobre los sobrecitos rosas y azules de sacarina. A veces susurra: “Te extrañé.” Y no sé qué responderle.

Esta mañana, antes de ir al bistró, fui a tomar un café a casa de mi madre. Un poco de leche. Dos de azúcar. Me preguntó, de manera inesperada, mientras colgaba la ropa en la cuerda, a quién amaba. La camiseta blanca de mi padre bailaba con el viento. El cielo era azul. Una cigarra prematura cantaba a lo lejos y yo tenía ganas de decir: Amo a Simón. Tenía ganas de decir: Amo a Simón

y el próximo domingo lo voy a traer a cenar. Prepararás tu salmón escalfado al eneldo porque él no come carne. Y yo traeré el postre. Pero no dije nada. Su párpado izquierdo se puso a temblar de timidez y empezó a hablar de su camelia que florecía mientras saludaba al vecino con la mano.

Son las siete y el salón parece un juego de ajedrez. Las camareras, vestidas de negro, limpian las copas con unos grandes trapos blancos, paradas sobre las baldosas enceradas. Ríen, chismean sobre los clientes y a veces me da la impresión de que hablan mal de mí cuando no las veo. Sarah parece decir, mientras pule los cuchillos, que el viernes pasado salió de la ciudad con uno de esos actores americanos que están de paso. Uno de los que obligamos a firmar con tinta indeleble sobre un plato blanco para que el patrón lo exponga cual trofeo en la vitrina trasera. Todas intentamos sacarle la sopa. Las afortunadas son siempre las mismas.

Me ocupo de lo mío, respondo cuando el patrón me chasquea los dedos. Ya no hay Perrier. Voy corriendo a comprarle a Majid, el de la tiendita de la esquina, y, de paso, me compro un chocolate y me lo como de un morisco de camino al bistró. Un turista americano quiere un puro cubano, me precipito de nuevo en el aire fresco de la noche, compro un puro argentino y le digo que es un puro rolando en las manos de una gorda habanera. Ser. Parecer. Sobornar.

En la tienda, muevo el pie con impaciencia, formada detrás de un viejo que se compra un boleto de lotería. Me da miedo perderme la gran entrada de Simón. No sentir el viento bajo mi delantal cuando abre la puerta.

Presumido. Confiado. Saludando a la gente a su paso como un pequeño pacha hindú. Pero mientras espero, el patrón roza el dobladillo de mi falda con su mano de lija justo en donde empiezan mis medias. Me pregunta si esta noche, después del trabajo, podría ayudarle con el inventario de la cocina. Uno de los amigos de Simón me salva, un falso artista sentado en el bar que agita un ala de pato confitado en mi dirección. Me recita su último poema porque en la mesa de atrás está sentado un editor. Me quita el apetito. Un artista que paga el precio entero para mostrarse en público. Sólo tengo ganas de escuchar un largo monólogo sobre la esposa de Simón. Quiero saber cuán irremplazable es y por qué. ¿Por qué Simón no se salta la barra para estar conmigo? Son preguntas que tengo que callar.

Al ritmo en sordina de la música árabe ante la cual no puedo más que mover las caderas y los hombros, destapo las aguas minerales metiéndoles una rebanada de limón, frente al desfile de clientes en la barra. Con estos ritmos que me hacen olvidar, el bistró es como una iglesia protectora. El único lugar donde surge mi fuerza. El único lugar donde soy dueña y señora. Dueña y señora de los elixires, sirvienta de las servilletas. Guardianas

de los pepinillos y de otras botanas. Distribuidora de las cajas de cerillos. Encendedora de cigarros. Celosa de la vida verdadera. Frente a aquellos que desean otra con las narices en el fondo de sus vasos de whisky.

Hacia las 10, Simón entra en el bistró con el soplo tardío de la recién nacida primavera. Llega tarde y estira el cuello para ver si estoy aquí. Su cabello vuela con el viento y, con el corazón en la garganta, lo ignoro. Pero tengo ganas de pedirle que vaya a buscar su coche último modelo, que me lleve cuanto antes a un hotel lleno de cucarachas al lado de la carretera. Un hotel tan lleno de cucarachas que haría un bonito ruido de maracas si lo agitaran. Yo tomaría champaña de tercera servida en un cono de papel. Pasaría la noche en una bañera con forma de corazón y con espuma hasta el cuello. Todo acabaría ahí.

Pero finjo estar ocupada. Olvido que existe. Por miedo. Volteo hacia donde esta Xing que esta noche no parece tener ganas de hablar. El padre de Xing es jubilado y cría gusanos de seda en la frontera de la provincia de Kunming. A Xing le gusta beber su whisky en las rocas con una cereza confitada. También le gusta verme tomar una cereza por la cola y envolverla con mis labios. A veces me pregunto por qué hago esas tonterías. ¿Por la propina?

Después de atenderlo apurada, Simón revuelve los hielos de su vaso con su dedo meñique. Finge mirar a

las muchachas bonitas que entran. Se levanta muy seguido para ir al baño. Cuando lo veo, no tengo nada que decirle. Tengo demasiado que decirle. Me gustaría estar envuelta en una torre de marfil con él como contra-maestre. Que nos construya una casa de ensueño. Con vitrales y frescos modernos pintados por amigos. Y yo, en medio de su confort.

Pero empujo las monedas con el revés de la mano para que caigan en el mero fondo de mi delantal blanco. A mi alrededor hay: viceministros, periodistas y abogadas con medias de red. Para mí sólo existe Simón. Quiero ser su esposa para tener todos los beneficios marginales posibles. Quiero comer los pimientos morrones asados que con tanto amor cocina para sus hijos los sábados por la tarde. Quiero ser la que esté allí. Quiero comer pimientos morrones asados hasta hartarme y después correr a casa de una de mis amigas para enseñarle el anillo de diamantes que me puso en el dedo.

Para entablar la conversación, decide contarme que el fin de semana pasado fue a ver el mariposario de especies exóticas del Jardín botánico. Sé que fue con su esposa, su hijo y su perro. Me hubiera gustado estar ahí. Estar ahí, entre dos petunias, con una mariposa brasileña sobre el hombro derecho. Silenciosa. Observando sus rituales amorosos. Dejamos de hablar. El amigo de Simón, que se cree poeta, interrumpe nuestra conversación.

Mathieu, el joven cocinero, acaba de preparar dos pla-

tos de profiteroles que fueron rechazados por la mesa 10, porque no estaban lo suficientemente dorados. Aún están calientes y Mathieu me invita a atracarme con él. Nuestros hombros se empujan, mientras estamos sentados en el bar, en el extremo adyacente a la cocina, y él me habla de sus cursos en el instituto culinario. Sus profesores lo intimidan con su acento francés. Sus novias. Mathieu está lleno de utopías. De esperanzas. Un Simón en potencia.

Sarah está sentada al lado nuestro. Se bebe a sorbitos su kir royal en las rocas. Sarah es una acompañante de lujo. Tiene nueve centelleantes anillos: regalos de sus nueve mejores clientes. Su traje está cada vez más gastado. Un palillo chino atraviesa su cabello decolorado, casi blanco. Sarah acepta las principales tarjetas de crédito, pero prefiere el efectivo. El patrón, por su lado, tiene malas costumbres de facturación, sus asuntos huelen a podrido y casi no paga impuestos. Es un tuteador afamado, y no le da vergüenza pagarme menos que un salario mínimo. Pero hace un arroz a la valenciana tan rico, y, a veces —cuando de verdad hay muchos clientes— me da dinero por debajo de la mesa.

Al agacharse para tomar su botella de Fine Napoléon, el patrón me roza el costado con la cadera. Me recorre un escalofrío tan fuerte mientras sirvo un Limoncello que suelto la botella de color amarillo intenso justo sobre las baldosas blancas y negras. Silencio. Todo el mundo vol-